

¿Que NO LE GUSTA?

Mi buen amigo el señor Informatius tuvo la gentileza de dedicarme la última de sus epístolas, carta que el lector debió saborear en los días de la pasada Pascua por haberse publicado en nuestro extraordinario de Navidad.

Pero como sea que nos hallamos todavía en pleno ciclo navideño y por tanto en pleno ejercicio de nuestras ideas de paz, deberá perdonar mi querido amigo que no le dé contestación, concreta y detallada, hasta que SS. MM. los Reyes de Oriente no hayan regresado al punto de su partida.

Hoy, además, impone la actualidad un tema de turrón o de pesebre, y no volver sobre un tema de viajes tan antipático como los referidos a cualquier racionamiento.

Así tenemos que andaba buscando afanosamente quien quisiera hablarme de un *qué no le gusta* de Navidad, cuando otro amigo se me puso a tiro y, ruega rogando, acabó por contestar la impertinencia de mis preguntas que voy a resumir en las frases del siguiente diálogo:

— ¿Te gusta la Navidad?

— Muchísimo.

— ¿Y qué no te gusta?

— Bastantes cosas. El exceso de felicitaciones. La poca afición a los grandes pesebres. Y la pérdida casi total de nuestro sentido popular hacia las formas de solemnizar la más popular de nuestras fiestas.

Tu sabes que por mis ocupaciones comerciales he viajado lo bastante para hacerme con la idea de cómo los demás saben interpretar la Navidad.

— Dispondrán acaso de mayores medios.

— No lo creas. Voy a citarte un ejemplo para que veas que los medios son aquí los más sencillos y que se hallan por tanto al alcance de cualquiera. En el año 48 me encontraba en Navidad de paso por Barcelona. Y como ni cabría decirte, quise asistir a la Misa del Callo. Pedí la conveniente información, y me dijeron que en la Basílica de Santa María del Mar celebraban la organizada por la Agrupación de Pesebristas de Cataluña. Por Nochebuena Santa María del Mar enciende sus *teieres* en recuerdo y simbolismo de como el pasado iluminaba el camino de la iglesia. En el interior del templo había esparcidas por el suelo las hierbas más típicas y fragantes de nuestra montaña, dando así la sensación de hallarse uno sobre un pesebre. El coro de la iglesia cantó la Misa de Nuria para con su tono popular invitar a que los fieles la cantaran como en familia. Los villancicos fueron los típicos, los nuestros, los que todo el mundo sabía, sin ingerencias ni modernidades que deslucen todo el tipismo de nuestra Navidad. Y es que la solemnidad — dí mejor el aparato — no cuaja en ninguna fiesta de familia.

— Así opinas que nos apartamos de la tradición.

— Bastante. Lo suficiente para que dentro de pocos años veamos un Arbol de Noël en cada casa.

CLARION

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 5 DE ENERO DE 1950

Arriesga su vida

por salvar la de un niño moribundo y obtiene con ello su propia libertad

—7 DIAS Leemos en un periódico la noticia dada en Nueva York, según la cual Louis Bloy, penado de Sing-Sing, condenado a cadena perpetua ha sido puesto en libertad por haber expuesto voluntariamente su vida al someterse a un cambio de sangre con un niño atacado de leucemia.

El penado había cumplido los primeros dieciocho años de su larguísima condena. La Justicia ha reconocido en él a un hombre de pro, o al menos a un posible regenerado. La sociedad se ha inclinado ante el rasgo le ha abierto las puertas de la libertad.

Estas cosas son buenas para el corazón: nos sentimos conmovidos cuando se da a la publicidad una noticia de tan acentuada ternura. Hay que reconocer que no abundan. Porque es de notar que al preso no se le había prometido nada, ni la más mínima recompensa. Pero él, llevado de un temperamento sin duda caritativo en alto grado, se prestó a la mezcla de sangre.

¿Qué consideraciones pesaron en el ánimo de Bloy además del impulso humanitario ya mencionado, para llevar a cabo tan laudable acto? ¿Era quizá creyente? ¿Había él tenido a un hijo suyo en grave peligro de muerte? Incógnitas todas, pues que nada sabemos del amigo Bloy. Ni tan sólo si es un hombre joven o un viejo, aunque esto último, por el detalle de la transfusión de sangre, queda descartado.

Tentados estamos de escribirle para pedirle que nos cuente sus impresiones de recién liberado. Mientras él cumplía condena estalló la Guerra Mundial: trabajaría en la construcción de material bélico pero no fué al frente. Y eso a un hombre de los sentimientos de Bloy, debió de humillarle. Ahora se habrá hecho popular ante un mundo que herirá sus pupilas con esplendores desconocidos, un mundo que en dieciocho años ha cambiado horrores en todo excepto en moralidad y en afán de convivencia. Las cámaras de cine, la Radio, la Televisión y las lociones faciales aprovecharán la figura de ese simpático penado para llevar el agua a su molino...

Tal vez Bloy obró con cordura y buen sentido en lo del niño. Pero quizá a estas horas se comience a preguntar por qué habrá aceptado la libertad si ahora vuelve a tener la obligación de escoger, de decidir, de sonreír y de dar estocadas a los demás mortales, y en cambio ha perdido las maravillosas facilidades que en Sing-Sing se le daban para meditar. Y aun nos falta saber si cuando Bloy muera, el niño a quien salvó la vida se acordará de su acción con reconocimiento o con disgusto. Aunque esta última consideración es quizá excesivamente arriesgada. Por lo pronto ahí queda el ejemplo. Algo que es conmovedor y estimulante. Y de estímulos buenos estamos bastante huérfanos los hombres de hoy.

J.V.A.

SINTONIA

El estilo suave y profundo de Maurice Baring novelista leído en todos los idiomas — prototipo de simplicidad y delicadeza, resalta en «La Túnica sin Costura», una de sus más bellas creaciones.

La veracidad de los escenarios descritos, de las figuras cuyo retrato maravillosamente traza, de los paisajes y lugares evocados, dan a su novela un alto valor de documento humano.

La anécdota y el diálogo, adquieren verdadera fuerza de

emoción y crítica. Christopher Treven — su héroe — recibe las enseñanzas del Profesor Sackbut, especialista en estudios orientales. Un día los dos hombres hablan de Alemania, y por tanto de su música.

— Yo no entiendo de música — dijo Christopher — pero me gusta Wagner.

— Como todos los que no entienden de música — observó Sackbut —. No es preciso ser músico para reaccionar ante una catástrofe ferroviaria.

FICCION Y REALIDAD

Cine racial: Emilio Fernández

Emilio Fernández se dispuso a hacer cine mejicano distinto a todos, distinto incluso al cine mejicano en boga. Para ello hundió sus ojos de poeta en la aridez de su meseta interior en los grandes pantanos y en los picos habitados sólo por los indios. Un mundo trágico, primitivo y brutal como es en realidad el alma del Méjico eterno de ese que hay todavía que forjar.

Los films del indio Fernández no halagan jamás. Son demasiado diferentes a los que, ve como espectáculo no tiene más belleza que el descarnado boj de sus fotogramas: inmensa belleza, cierto, presidida por trágica armonía. Olor a sangre y a pólvora, a vicios andémicos del indio y del criollo, a vinos ásperos y a lujuria torva. Sin la alegría meridional que aireaba la profundidad de un García Lorca. Sus personajes cómicos, escasos, suelen ser revolucionarios bestiales o imbéciles chalanos. El sentimiento trágico de la vida se impone por doquier. Y es que esto es aun en buena parte Méjico: la lucha, inconciente muchas veces por hacerse un sitio en el concierto de la civilización. El gran contraste entre la organización urbana, modernizada, y el tipo de vida del agro lleno de prejuicios de casta, de triste tipismo, de caciques y de miseria, halla en Fernández un idealista que busca unirlos en una amplia y generosa comprensión. De ahí su fe en los hombres de la Revolución y la Reforma — Juárez a la cabeza — de ahí sus discursos patrióticos, mal encajados en films que debieran andar más escasos de palabras. De ahí su preferencia por la plástica densa y la lentitud, como las vidas de los grandes cactus del desierto.

A tanta distancia hemos de hacer un esfuerzo por comprender a Fernández, a pesar de que en sus películas hay momentos de belleza antológica, de una rara y electrificante floración, más allá de las modas y de las genialidades esporádicas. Digo que hemos de hacer un esfuerzo por comprenderle. Pero jamás podremos echarle en cara falta de autenticidad. Conseguir la universalidad por la exaltación de las más puras esencias del propio ser, he aquí una bella fórmula que ninguna cinematografía ha recogido con tanto arrojo como la mejicana de Emilio Fernández. Guste o no guste, que eso, en definitiva, es secundario cuando se considera al cine un medio de expresión artística.

J. VALLVERDÚ A.